

EL COMANDANTE YA TIENE QUIEN LE ESCRIBA.

Henry Caballero Fula

Vocero del Quintín Lame en los diálogos de paz. 1.990-1991.

Después de años de soledad y de hablar en monologo cuando se dirigían a la opinión, dando conferencia ante un grupo de guerrilleros pero no de cara al país, como en los últimos videos de Alfonso Cano, las FARC han empezado a mandar y recibir mensajes. Cartas abiertas de intelectuales, de organizaciones indígenas, por ahora.

Las últimas cartas son firmadas conjuntamente por la ACIN, CRIC, ONIC, contestando una suya. La ACIN es una organización zonal del Norte del Cauca, que hace parte del Consejo Regional Indígena del Cauca CRIC, que es a la vez integrante de la ONIC, la cual es la organización nacional indígena colombiana con mayoría de pueblos y de indígenas integrándola. Es posible que al abrir las cartas, el comandante de las FARC haya pensado en una canción de la década de los setenta que decía algo así, como “dale tu mano al indio, dale que te hará bien” y en unos versos más adelante “la voz de indio te mostrará todas las sendas que abras de andar...”; seguramente sí, al fin y al cabo en el ideario de las FARC está claramente que la lucha es agraria y también por el indio.

El comandante máximo de las FARC sabe, al abrir estas cartas, que no las remiten sectores del pueblo que saludan su lucha como parte de un gran río en el cual los unos y los otros están de la misma orilla, como él mismo ya lo había expresado en una misiva anterior a la ACIN. Son cartas que le reclaman, que le exigen, que señalan la lucha del grupo guerrillero que comanda como contrarias al sentir de los pueblos indígenas y que incluso le acusan con hechos y argumentos de tener un plan sistemático para la desaparición de los mismos.

Manuel Marulanda ya lo había expresado hablando con Jacobo “hay que tener cuidado con los indígenas porque son gente brava”. Claro, en ese tiempo era fácil llamar a un comandante de Frente que estuviera saliéndose de las orientaciones y que fuera denunciado por las comunidades, llamarlo, digo, a Casa Verde o por los lados del Rio Duda, y tenerlo allí en preparación ideológica o militar por dos, tres, cuatro años, y santo remedio, los demás sabían que las orientaciones son para cumplir... y las cumplían. Pero ahora, ya es difícil desde hablar con la comunidad hasta saber qué hace un comandante o un frente, y menos llamarlo a ver qué es que pasa, son otros tiempos, creo.

Ahora parece que toca asumir ciegamente lo que dicen sus propios, los integrantes de su fuerza, actuar con espíritu de cuerpo. Quizá haya errores, pero todo sea por el objetivo último, allí si no hay diferencias entre los pobres, podría llegar a argumentar el comandante Timoleón Jiménez, aunque sabe que la cosa no se puede reducir, con los indígenas, a invocar los fines. No sé si él lo piense, pero esto pone en cuestión la lucha de las FARC, en su conjunto, ante la opinión y los sectores democráticos y de izquierda. Es que desde ACIN y CRIC se está hablando desde las luchas del Cauca y de Colombia, de la minga indígena y popular, de la persistencia en la lucha por la

reforma agraria, de la resistencia contra el TLC y el neoliberalismo en su conjunto. Luchas que se atreven a plantear de manera fuerte que no necesitan la guerra sino la paz.

El comandante de las FARC tiene que saber, debería saberlo, que acusar a Alcibiades Escue, a Feliciano Valencia, como lo hace el bloque occidental, de cercanía con el ejército es completamente absurdo e irreal, y no porque estos liderazgos hayan tratado de agraciarse o colaborar con la guerrilla, como pérfidamente lo señala el Estado ante expresiones de resistencia como las del cerro de Berlín, sino porque la posición indígena de autonomía, en la cual han sido reconocidos por la comunidad como parte de sus voceros, se ha diferenciado completamente con los actores de la guerra; a esta posición se la puede señalar desde el Estado o desde la guerrilla de no estar respectivamente de su lado, pero no se le puede acusar de estar con el conflicto armado o con algunos de sus bandos, y eso lo sabe claramente la opinión crítica del país.

Pero Timoleón Jiménez parece no saber nada de esto, porque no se pronuncia sobre lo planteado por el Bloque occidental. Tal vez los mensajes que le llegan a través de teléfonos rotos, le dicen que nada de la autonomía y resistencia de las comunidades existe, o que tal vez ello es una creación de la CIA; o tal vez si sabe sobre todo esto que construyen las comunidades, pero piensa que el objetivo superior de la lucha de las FARC está por encima del bien y del mal... porque para eso es el objetivo superior.

En todo caso, reconociendo en el Comandante del Estado Mayor Central de las FARC-EP a un revolucionario colombiano, que asumió esa lucha hace ya décadas como una opción de cambio político y social, habrá que pensar que la dura realidad le hará contrastar sus programas y sus estrategias con los logros y las dificultades que ahora se muestran.

Todas las cartas, las del Bloque occidental, la de Timoleón Jiménez, las tres que ha emitido la ACIN-CRIC-ONIC, plantean el inicio de diálogos humanitarios, en una se ponen condiciones para iniciar y en otras se asume que para eso son los diálogos, para que de allí salgan los compromisos humanitarios y los mecanismos de verificación. El CRIC y la ONIC han enviado una carta a la mesa de la Habana haciendo planteamientos a los integrantes de la misma para la garantía de la posibilidad de realización de estos diálogos; y es que difícilmente se podrían abordar los mismos sin tener en cuenta el proceso de paz que se está desarrollando.

La carta que mando Timoleón Jiménez y que generó la múltiple respuesta de ACIN-CRIC-ONIC, termina llamando para que los indígenas no terminen apartados de la revolución, y sean utilizados unos contra otros como lo hizo Pizarro y como paso luego en la época del libertador Simón Bolívar cuando algunos fueron puestos en su contra. Llamado a la unidad que no es tan fácil de asumir por los indígenas en esos términos porque no es claro ahora para ellos cual es la diferencia entre Pizarro y las FARC, incluso no es claro que el ejército de Bolívar significará algo distinto a lo que había sido la opresión española. Eso ya lo sabía Bolívar, que en la carta de Jamaica señalaba: “nosotros... americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores...” Si ese razonamiento de Bolívar hubiera tenido efectos prácticos en la Nación constituida, en términos de reconocer su diversidad y construir sobre las identidades de indios, negros, mestizos y

descendientes de españoles y europeos (más quienes después llegaron) seguramente no se estaría hablando desde sectores como la Marcha Patriótica de la II y definitiva independencia. Quizá lo que de entrada se ve como común desde algunas miradas indígenas, afros y mestizas entre Pizarro, Bolívar, el Estado y los que contra el entran en insurgencia, sea la superioridad que unos y otros se han adjudicado en nombre de la religión, de la razón, del progreso, de la ciencia, de las ideologías, sobre los indígenas y negros, así sea para actuar en nombre de ellos “y por su bien”.

Ojala se pueda avanzar en los diálogos humanitarios y luego, partiendo del respeto y del compromiso común con la paz, se pueda pasar a los diálogos políticos para la construcción de un nuevo país, incluyente desde la diversidad, de manera que no reproduzcamos en el siglo XXI las miradas unipolares de quienes se consideran dueños de la verdad, con derecho a la imposición sobre los que son clasificados como prescindibles, débiles y subordinados.

Henry Caballero Fula

Vocero del Quintín Lame en los diálogos de paz. 1.990-1991.